
Cuando el paraíso se convirtió en un infierno. Los franceses en el Coatzacoalcos

Ana Bella Pérez*

En las rancherías de las riberas del Coatzacoalcos, del Uxpanapa y del río Chiquito, entre bocanadas de humo del tabaco fuerte, los viejos relatan historias salpicadas con mitos y leyendas. Alrededor de las fogatas de *coyol*, de esas que prenden para ahuyentar a los mosquitos, sentados en troncos de árbol o en cuclillas, tienen un puente hacia el pasado para recrear historias de hechos y sucedidos.

De tiempos lejanos, de aquéllos en que los dioses guiaban a los hombres, procede un primer relato; la historia de la destrucción de una gran ciudad ubicada en las riberas del Coatzacoalcos: Mixtán. Se dice que sus habitantes, de probable origen mixteco, adoraban a Michitéotl,

...quien periódicamente se presentaba a su pueblo en la forma de un gran pez rojo [...] honrado por los sacerdotes de aquel culto, elevándole plegarias, quemándole copal, chapo y resinas perfumadas en los sahumeros de los altares de granito del Templo Mayor de la ciudad de Mixtán.

En una ocasión, los guerreros salieron a pelear con otros pueblos. Habían pasado ya varios meses cuando cargados con el botín recogido en sus campañas, regresaron las tropas victoriosas de Mixtán, quie-

nes después de una larga permanencia al lado de los mexicanos, olvidaron a Michitéotl y conocieron y aprendieron a venerar otros dioses, más poderosos que el suyo.¹

Este encuentro con otra cultura, el rechazo a sus antiguos dioses y a sus propias costumbres, generó el castigo del dios pez. Mixtán desapareció bajo las aguas del Coatzacoalcos.

La narración de esta historia se convierte en preámbulo para dar paso a otra en la que se funden la fantasía y la realidad. Los fantasmas del Coatzacoalcos invaden la noche. De las aguas del río emergen las figuras etéreas de hombres, mujeres y niños llegados de lejanas tierras, víctimas de la naturaleza y la codicia humana, que fallecieron sin lograr sus sueños. Imágenes que se materializan en los relatos de los viejos para dar cuenta de lo sucedido en el siglo decimonono. Los relatos atropellados hablan de los franceses que vivían en el rancho Minerva. Aquellos extranjeros que frecuentemente iban a Minatitlán a vender maíz, cueros de venado y de tigre. Los lugareños les prevenían, pues aseguraban que en las profundidades del agua del río Coatzacoalcos vivía el “Dueño del Remolino”, y que hombres llegados de lejanas tierras habían desaparecido cuando invadían sus dominios acuáticos. Los franceses reían ante lo que consideraban fantasías, “patrañas” de los ignorantes. Pero

* Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

...una tarde que regresaban en su canoa de Minatitlán [...] les pareció ver que un hombre se había arrojado al río y no había surgido; por lo que remando rápidamente trataron de salvarlo. Esfuerzos inútiles; no lo encontraron, por lo que llegaron a la conclusión de que habían sido víctimas de un espejismo. Semanas más tarde, cuando uno de ellos se estaba bañando, al tirarse un clavado sintió que una fuerza lo arrastraba hacia las profundidades del remolino. [...] fue arrastrado hasta un agujero adonde pudo respirar, pues estaba seco. Asombrado quedó al ver en la semioscuridad de aquella cueva, soportada por troncos de palmera, un hombre extraño de compleción robusta, quien le dijo en mal español que lo siguiera. [...] fue conducido por galerías hasta llegar ante una puerta cubierta por una cortina de pieles de tigre que abrió el guía para que entrara; su asombro no tuvo límites, estaba en una gran habitación con pisos y paredes de piedra perfectamente labradas. [...] al frente se levantaba un trono en el que estaba sentado un hombre de aspecto severo vestido a la usanza de los reyes mexicanos. ¡Siéntese!, ordenó al francés, que obedeció acobardado. ¿Quiénes son ustedes y qué están haciendo en mis dominios sin mi permiso? Señor, contestó el interrogado, fuimos engañados al venir a estos lugares; y le contó la historia de su viaje al país. Me has dicho la verdad, contestó el rey, todo esto ya lo sabía y por eso no los hemos molestado, pues veo que son hombres de trabajo y los voy a recompensar para que no se perjudiquen al abandonar mis dominios; sonó un manojito de cascabeles y por una puerta disimulada apareció un anciano. [...] el rey o cacique le habló y el anciano desapareció volviendo al rato con una bolsa de cuero de venado repleta de monedas de oro de la naciente República. Creo que con todo esto les alcanza para irse a otro lado, dijo el cacique. Gracias señor, te prometo que tan pronto recojamos cuanto tenemos en el rancho, nos iremos a Minatitlán... [el fran-

cés fue conducido] por extraños caminos de la montaña hasta que, quitándole la venda, uno de los hombres le señaló la vereda que lo conducía a Minerva...²

Por ello, aunque el inmigrante francés aludió ante el Dios del Remolino que habían sido engañados al traerlos a las tierras de la antigua Mixtán, éste, que puede ser Michitéotl o el dios impuesto por los mexicas, lo obliga a abandonar sus dominios Michitéotl vela para que gente extraña no destruya su imagen ni cuestione su poder. Relatos que la tradición oral ha perpetuado y que decidí usar para iniciar esta ponencia: cortas notas para dar cuenta de la inmigración francesa a México en el siglo XIX. Presentarla de esta manera tiene como justificación intentar anudar el quehacer historiográfico sobre los materiales del pasado con la tradición oral vigente en las comunidades de hoy. Un acontecer histórico visto bajo la mirada de un pueblo en el que la leyenda quedó incrustada en la memoria de sus hombres. Testimonios de fenómenos que, por extraordinarios que sean, sus exponentes los elevan a rango de una verdad cultural.

Retomar la tradición oral registró la presencia de los franceses en el Coatzacoalcos; responde también al hecho de que en el relato se conjuga un fenómeno social, la inmigración francesa, con un acontecer de seres y dioses cuyo origen se remonta a las culturas del mundo mesoamericano.

En los relatos se funden milenios de historia; caminantes de diversas regiones que detuvieron su andar en las tierras del Coatzacoalcos. Huellas de pueblos que, como las de los olmecas, quedaron plasmadas en las expresiones materiales de La Venta, San Lorenzo-Tenochtitlán, Tres Zapotes y Laguna de los Cerros, entre otros lugares. De la presencia de nahuas, toltecas, zoques, ahualulcos, mixtecas, zapotecas y mexicas, dan cuenta el registro lingüístico, las anotaciones impresas dejadas por Suero de Cangas, Bernal Díaz del Castillo, fray Bernardino de Sahagún o Hernán Cortés. Culturas con sus propias creencias y tradiciones que ocuparon un espacio y recrearon el poder de sus dioses. Leyendas y relatos que son la expresión de un

imaginario social, ensoñación de la sociedad que subvierte la realidad y en el que asoma el elemento literario del sujeto social. En consecuencia, en estos relatos encontramos que el imaginario social tiene "...en la historia no oficial, expresiones de protesta incomparable, por lo que ayuda a resolver el conflicto social".³ O tal vez sean espejismos de la realidad, como apunta Vansina,⁴ que nos muestran cómo los hechos históricos han sido afectados por la cultura, la sociedad y los individuos.

Sin embargo, tomando en cuenta que estos testimonios o relatos como fuente histórica están impregnados de la libertad de inspiración, he tomado otras fuentes de información: relatos de viajeros, informes de políticos y recopilación e interpretación de investigadores del pasado, para dar cuenta de la historia de la inmigración francesa a la cuenca del Coatzacoalcos.

Buscando población para un territorio. Los prolegómenos de la colonización francesa

Con la llegada de los españoles a tierras americanas empezaría una nueva etapa para los habitantes del México prehispánico y aun para la de los del viejo mundo. En efecto, este hecho marcaría el inicio de las migraciones transcontinentales en busca de fortunas y sueños de gloria.

América se antoja un paraíso terrenal. Su riqueza se descubre día tras día. De Sevilla, el gran puerto fluvial de los emigrantes, parten hombres sedientos de aventura, dispuestos a conquistar pueblos desconocidos.

De las tierras del Coatzacoalcos se conocieron las cualidades de sus maderas. Cedro y caoba servirían para realizar trabajos de ebanistería y de ingeniería naval. Más aún, los españoles, fascinados por el colorido, pronto la explotaron para construir puertas, ventanas, estantes y escritorios. Riqueza forestal que, a su vez, atrajo a los piratas ingleses; con ellos se fue forjando una historia de violencia e intrepidez; destrucción y abandono.

Un mundo no imaginado permitió al europeo su pronto enriquecimiento; fortunas forjadas y

reproducidas a costa de la destrucción del mundo indígena. Allá en las tierras del Coatzacoalcos, los pueblos y poblaciones originales fueron desapareciendo.

Los años transcurren. La región del Coatzacoalcos deja ver su grandeza y las grandes ventajas que representa su explotación.

En efecto, teniendo conocimiento de la importancia de los recursos madereros, y de un viejo proyecto del conquistador Hernán Cortés para crear un paso que uniera a los dos océanos, a finales del XVIII el virrey Bucareli comisionó al ingeniero Agustín Cramer para estudiar la posibilidad de la comunicación interoceánica y establecer un astillero en Coatzacoalcos.⁵

El siglo XIX se inicia, y el sistema social en México se va transformando, al igual que los intereses y necesidades de los grupos en el poder. Pero la historia no se detiene; otros acontecimientos van surgiendo como producto de la inconformidad social. México se independiza y busca nuevos derroteros. El cambio de una sociedad colonial a la constitución de una nación conlleva el surgimiento de hombres y grupos sociales con diferentes intereses. Unos tratan de conservar la estructura novohispana; otros buscan la modificación del sistema político y de la sociedad. La desigualdad social y económica imperante planteaba la necesidad de buscar soluciones para que la nueva nación se recuperara económica y políticamente, de tal manera que mientras el pensamiento y las actividades económicas de los gobiernos federales de las primeras décadas del México independiente se encauzaban a revitalizar la producción minera, otros, como Lucas Alamán, veían la necesidad de colonizar y redistribuir grandes extensiones de tierra improductiva para impulsar la agricultura comercial y la industria manufacturera. El sureste llama la atención. El Congreso General empezó a buscar medidas útiles para colonizarlo y el 4 de enero de 1823 se elabora la ley para regir la colonización, aunque queda suspendida por los acontecimientos políticos de esos días.

El 21 de abril, Tadeo Ortiz, José Antonio Echavarría y Massano Barbadosa presentaron ante los diputados federales un plan para colo-

nizar el Istmo de Tehuantepec. Un poco más tarde, Tadeo Ortiz de Ayala dirige al Poder Ejecutivo un proyecto de colonización para el Coatzacoalcos: "Se trataba de emplear en la colonización a numerosos militares que desearían dedicarse al cultivo y a la ganadería."⁶

El Ejecutivo aprueba el proyecto y se ofrece lo necesario para crear la nueva provincia en el Istmo. El 14 de octubre, por decreto, queda establecida esta provincia, integrada por Acayucan y Tehuantepec, y se procede a la colonización de terrenos baldíos del centro del Istmo y de la Barra del Coatzacoalcos.

Los terrenos se dividieron en tres partes; la primera se otorgó a los militares retirados con parte de su sueldo y a personas que hubieran prestado servicios a la patria: "...se hizo un llamado general para el reparto de tierras libres en parcelas de diez hectáreas para veteranos de guerra pero hubo pocos emprendedores".⁷ Otra parte se dio a capitales nacionales y extranjeros establecidos en el país que observarían las reglas de colonización; la tercera fracción quedaría distribuida entre habitantes que no tuvieran tierras propias. Este proyecto se suspendió en 1824 y el Congreso Constituyente dispuso que Tadeo Ortiz se limitara al reconocimiento de los ríos y las tierras del Coatzacoalcos. Sus observaciones le llevaron a proponer nuevamente la construcción de un camino permanente, de Tehuantepec a un puerto en el norte de Coatzacoalcos, a través del paso de La Tarifa. Sobre el particular anotaría:

...si por una parte se pulsán inconvenientes para la empresa de un total canal positivo, por otra un camino de medos cortos y fácil deja en su importancia y ventajosa posición a una de las vías más cómodas para el vasto comercio que se debe emprender con la América meridional, con la India, la China y el Japón, las Islas de Luzón, el gran continente del noroeste, las Californias, Sonora, Jalisco, Michoacán, México, Oaxaca, Los Chiapas y Guatemala, que algún día constituirán su emporio poblado y civilizando uno de los puntos más fecundos y bien situados de nuestro planeta.⁸

Asimismo, sobre las características de la región señalaría:

Las planicies interiores están cubiertas con densos bosques y están infectadas de fiebres y epidemias, como lo están todas las regiones sin poblar. Sin embargo, una vez desmontada, esta área estaría adecuada para el establecimiento de colonias. Sus productos podrían ser fácilmente transportados al mercado por varios ríos que alimentan al Coatzacoalcos.⁹

Tan entusiastas informes repercutieron en una gran publicidad exterior; pronto llegaron las primeras ofertas.

En 1825 se encuentran "algunos extranjeros laboriosos, procedentes de los Estados Unidos..." que establecieron una máquina de aserrar en Minatitlán, con el fin de explotar las ricas maderas de los valles y selvas. Asimismo, una fuerte casa comercial de Londres a la que estaba asociada el señor Justo Ruperti, radicado en México, ofrece colonizar el alto Coatzacoalcos con 1 500 familias que ellos conducirían asumiendo todos los gastos. Pero, como para estos momentos el gobierno de Veracruz no había ratificado la ley sobre colonización, la oferta quedó en pie. Cuando al fin el gobierno acepta, "...llega la noticia a México de la quiebra de las grandes casas comerciales de Londres, y Ruperti se ve obligado a suspender todo negocio".¹⁰

Meses después se publica la ley de colonización en Veracruz y, para dar auge al Istmo, en 1826 se expide el decreto en que se dispone la fundación de tres poblaciones: Hidalgópolis, Allendópolis y Abasolópolis, comunidades integradas por indígenas traídos de la Mixteca Alta. Sin embargo, lo inhóspito del medio, la falta de comunicaciones y carencias de artículos de primera necesidad, provocaron que Tadeo Ortiz se pasara "recurriendo a las tiendas de raya, casi siempre manejadas por extranjeros, para mantener a los habitantes en las zonas que les habían asignado".¹¹

Poco duró la euforia. El deseado proyecto se vio afectado por las pugnas por el poder, la inestabilidad política y la conformación de oli-

garquías regionales. Todo ello, junto con la tierra fértil pero hostil, la incomunicación, la insalubridad y las carencias, conllevaron a malograr el proyecto.

Tadeo Ortiz fue desprestigiado y entre los colonos se sembró la discordia y el desorden. Las congregaciones se dispersaron y Ortiz Ayala dejó la región del Coatzacoalcos para irse a Burdeos como cónsul mexicano; allá continuó su intento por colonizar su soñado paraíso.

Cuando la colonización se hizo historia y leyenda

Las fechas se hacen necesarias para explicar los hechos y sucesos: entender las políticas que llevaron a que de 1824 a 1830 se crearan las leyes de colonización. En efecto, los hechos sociales y la política nacionalista buscan la construcción de un país moderno, a semejanza de los europeos. Los indios, símbolo del pasado, si bien son exaltados por su papel en la historia de conquista y explotación, en aquel presente eran signo de atraso; un problema para consolidar la nación mexicana. Por ello, la colonización ofrecida a los países europeos es la respuesta para impulsar el desarrollo y progreso de la nación. Asimismo, con sangre europea y de indio americano se formaría una nueva “raza” que en sí misma reuniera lo mejor de cada una, como lo apuntara Francisco Pimentel.¹² Fortaleza y tesón para el trabajo serían las cualidades aportadas por el europeo; honradez, lealtad y un sentimiento de profundo respeto a la naturaleza serían los valores transmitidos por el indio mexicano.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que pocos años habían transcurrido desde la amarga experiencia de la colonización en Texas, por lo que los norteamericanos fueron excluidos para realizar el proyecto.

Mientras que en México se busca al europeo para modernizar el país, en el viejo mundo el pequeño agricultor, el artesano, el tendero y el comerciante resienten los efectos de la Revolución Industrial. Europa se convierte en la reserva principal de masas humanas, y vuelca sus excedentes de población más allá de los océa-

nos. La modernización los arroja a la proletarización. América los espera.

Agustín de Iturbide, el emperador, autoriza la distribución de tierras a los extranjeros que desearan colonizarlas. Las ofertas cruzan el mar y llegan a Europa. Pronto se establecerían en México la Compañía Alemana de Minas y la Compañía Alemana de Indias. Con ellas no sólo llegarían los empresarios, sino emigrantes que huían de Alemania por razones políticas y económicas. De esta forma llegaron los alemanes, deseando obtener ricas tierras en territorio veracruzano. De los inmigrantes alemanes que llegaron a Minatitlán, se cuenta que sólo quedó Guillermo Thecsman,

seducido tal vez por las descripciones exageradas y casi fabulosas que hacían de las riberas del Coatzacoalcos en los periódicos franceses [...] vino expresamente de su patria, con más de ochenta mil pesos empleados en mercancías, para radicarse allí.¹³

Sin embargo, el comerciante alemán, víctima de la envidia de los angloamericanos y de nuestra imperfecta legislación judicial, murió preso y arruinado en Acayucan.¹⁴

Por su parte, en Francia se iban conociendo las maravillas del territorio mexicano. La obra del barón de Humboldt, dando cuenta de la riqueza del país, su abundancia en metales preciosos, las riquezas y posibilidades de tales tierras, su privilegiado clima y las grandes posibilidades para impulsar el comercio de productos de exportación como el azúcar, cacao, índigo, vainilla y cochinilla, contribuyó a entusiasmar a los franceses. La obra se puso en marcha cuando en 1828 Antonio López de Santa Anna, gobernador de Veracruz, firmaba una concesión de 300 leguas cuadradas a favor de Laisné de Villaveque, “...bajo la formal condición de que se empeñara a cumplir la promesa de establecer y animar la cultura de la viña, la seda y de demás...”¹⁵ Alexander Martin, cónsul en México, pone en contacto a los señores Chedeheux y Laroche, agentes de la compañía de colonización formada por Laisné de Villeveque y Giordan con Tadeo Ortiz.

Finalmente, se otorgaron 500 leguas cuadradas del Alto Coatzacoalcos a 500 campesinos “robustos y laboriosos”. Los bergantines L’Amerique, Diane, Glaneuse, Petit Eugene, Requin, Edouard-Eulalia, transportaron a trabajadores agrícolas, cultivadores, artesanos y obreros. Hombres de diversas regiones se hacían a la mar. De los Altos Pirineos, Borgoña, Champagne, del Franco Condado, el Alto Saona, Saona, Loria, Valnece y Orange. Mil colonos, entre hombres, mujeres y niños llegaron al soñado Coatzacoalcos en busca del territorio más “bello y fértil del globo”, en el que las montañas cubiertas con nieve producían una brisa agradable y hacían “reinar la más dulce y deliciosa temperatura”. Desde Francia imaginaban los valles y llanuras cubiertos con enormes caobas, “bosques saturados de maderas preciosas...”, selvas de encinos y cedros “de cien a ciento cincuenta pies de altura”.¹⁶

Anhelaban llegar al paraíso descrito por Giordan y Laisné de Villeveque a cultivar vid, mora, olivo, algodón, tabaco, trigo, cebada, clavo, cochinilla, vainilla; café y maíz; a criar borregos, vacas, abejas y caballos que, según decían, se multiplicaban con rapidez. Como un atractivo más, se les mencionó la pronta construcción de medios de transporte para facilitar la exportación de sus productos.

Del puerto de Le Havre salieron los primeros colonos; L’Amerique los condujo con sus sueños. Cruzaron el océano para encontrarse pronto con tormentas, el naufragio y la desolación. Charles Dubouchet, uno de los sobrevivientes de este primer viaje, fue narrando sus angustias; las enfermedades, insectos y alimañas que destruían su esperado paraíso. Ni granos, ni frutas, ni viviendas; menos animales domésticos, sólo la impenetrable selva: “...ni el fierro, ni el fuego podría contra esas masas gigantescas...”¹⁷

Más tarde llegaría el Hércules transportando nuevos colonos y los mismos sueños. Las escenas se repiten con mayor crueldad, ya que es el mes de junio; tormentas y huracanes, calor y moscos parecen aumentar los estragos. Temperaturas hasta de 40 grados, enfermedades como la fiebre amarilla y la viruela van diezmando a los colonos franceses.

La situación se denuncia, pero la astucia de Giordan, Villeveque y el abad Baradère convence a otros franceses de las bondades de dichas tierras. Y las palabras del abad, revestido de un carácter sagrado y título responsable, hacen ignorar las advertencias. Su fácil palabra convence e ilusiona. De Francia, que entonces gemía bajo un poder tiránico cuya influencia desastrosa se extendía sobre todas las clases sociales, saldrían los pequeños comerciantes en bancarrota, los jornaleros sin trabajo, los agricultores sin tierra y los jóvenes sin esperanza ni porvenir. Nuevos acontecimientos y peores atropellos les deparaba el destino. Según narró Hippolyte Maison, pocos sobrevivieron, unos más regresaron a Francia y otros buscaron mejores tierras mexicanas.

De Fossey, utópico colonizador francés, narraría que, seducidos por la tierra y por la exención de impuestos durante diez años, arribaron a las costas de Coatzacoalcos. De ahí partieron a Minatitlán, que

...era el sitio donde debíamos desembarcar en la noche. Veíamos con ojos ávidos, los bosques [...] el curso del río, que en algunas partes es muy bello, más de verdor y ramas entrelazadas que avanzaban por todos sitios [...] algunas mujeres de cuerpo cobrizo desnudo hasta la cintura [...]. De cuando en cuando, advertíamos extendido sobre la arena a un caimán, que al vernos volvía presuroso al agua, o a una iguana de un verde dorado...¹⁸

Más adelante, el autor apuntaría: “pasamos noches verdaderamente horribles [...] el horrible calor, las lluviosas tempestades. Pero nuestro mayor suplicio empezaba cuando los bosques se coloreaban con la tinta rojiza del sol poniente. Los moscos llegaban a enjambres tan espesos, que el sol perdía su color”.¹⁹

Años más tarde, esta historia de horrores y engaños dio paso a otras. Testimonios diversos fueron dando cuenta del destino de los hombres que buscaron un paraíso.

En efecto, J.J. Williams, encargado de los estudios para la construcción del ferrocarril tran-

sístmico, aseguraba que los colonos franceses apuntaron no tener motivo alguno para quejarse; sus caras alegres y robustas atestiguaban la verdad de su dicho.²⁰ El mismo autor apunta:

Hidalgotitlán, llamado así en honor del célebre general mejicano pero más conocido por Almagres, a causa de los montones de arcilla roja que hay en sus inmediaciones, está situado en el borde de unos cerros cubiertos de verdor y que tiene declive hacia la orilla del E. del Coatzacoalcos, a siete millas y media más arriba de la confluencia del brazo, a dieciocho de Minatitlán. Fundó a Hidalgotitlán en 1821 un colonizador francés, y es el solo punto habitable entre el término de la navegación de mar afuera y la parte alta de Coatzacoalcos...²¹

Por otra parte anotaría:

En el caso de La Puerta terminan las llanuras del río; entre dicho punto y Minatitlán no hay más que un lugar habitado que se llama Hidalgotitlán, o pueblo de los Almagres. Está situado a la derecha de Coatzacoalcos en un terreno elevado, a cosa de veinte millas más arriba de Minatitlán y contiene unos cuatrocientos habitantes, principalmente de la raza azteca que, con pocas excepciones, son sanos y robustos. También aquí encontramos colonos franceses que, respecto de su salud, aseguraron no tenían motivo alguno para quejarse; sus caras alegres y robustas formas atestiguan claramente la verdad de su dicho.²²

Por su lado, en 1855 Orozco y Berra consignaba que Minatitlán tenía solamente 274 habitantes, 81 de ellos extranjeros, franceses en su mayoría, que sobrevivieron a los horrores de la colonización.

En 1859, Charles Brasseur, auspiciado por el Ministerio de Educación de Francia, llegó a México. Embarcado en el Guazacoalcos recorrió el río del mismo nombre y dejó asentado en sus memorias:

...bajo los macizos de las copas ondulantes extendidas de derecha a izquierda en una lejanía desesperante que se creía impenetrable a los rayos del sol, se encuentran sin embargo numerosas viviendas, esparcidas de ordinario entre las milpas y prados. No se trata sólo de indios que han fijado allá sus penates; se pueden encontrar norteamericanos, europeos, sobre todo franceses que, informados de los desastres de los primeros colonos de Guazacoalcos han aprendido a vivir allí y a crearse un agradable bienestar.²³

En su recorrido llegó al Remolino de los Almagres, hoy día conocido como Hidalgotitlán. Se detuvo frente al pueblo y vio a una mujer de rasgos europeos.

...se trataba de una francesa, madame Raimond, viuda de uno de los primeros colonos de la desastrosa expedición del señor de la Ville-Evêque; igual que su marido, sufrió mucho y sus aventuras, de las que había oído hablar, ofrecían material para una novela. Raimond superó la desgracia y hacía algunos años había muerto tranquilamente, dejando a su familia en una situación próspera.²⁴

En otras historias, conocidas y recreadas por la tradición oral, los franceses, como en nuestro relato inicial, fueron abandonando las tierras del Coatzacoalcos para no provocar la ira del "Dueño del Remolino". En ellas, aunque los hechos políticos y sociales van cambiando para dar forma a una sociedad distinta, perduran las ideas y creencias; perviven los dioses que infligen castigo, el terror sagrado, los dueños míticos de la naturaleza.

Actualmente, aún se puede observar la presencia de los colonos franceses en los nombres con que bautizaron dos arroyos: Estero de Francia y Estero de Francita, y algunos árboles de mango que todavía existen. Los apellidos Deveraux, Bremont, Lugan, De Foss, Raimond; los rostros de tez morena y ojos de color azul, la piel blanca y el pelo rubio son, asimismo, otras

de las huellas dejadas por aquellos inmigrantes. Finalmente, no puedo dejar de mencionar que cuando se realizan entrevistas, o se hace alusión al parentesco, no falta uno que otro habitante de estas tierras que alude a que su abuelo, bisabuelo o pariente lejano era francés. Con ello reafirman su pertenencia a la "raza" emprendedora.

Historias ¿para qué?

Considero que para poder acercarnos al conocimiento del pasado, y en particular a lo acontecido en el siglo XIX con la presencia de los inmigrantes en México, es necesario conocer y difundir la visión particular del pueblo al que llegaron, los testimonios escritos por los protagonistas y los relatos de los viajeros de la época.

Registrar los hechos que impactaron a unos y otros, y en los que curiosamente existe un olvido al no estar presente en sus relatos los hechos económicos y sociales que sucedían, ya en Francia, bien en México. Buscar, confrontar o fundir los recuerdos y olvidos de la población del sur de Veracruz sobre los sucesos sociales acontecidos en esta parte de su historia tiene una explicación. Como apunta Gellner, hay que tener en cuenta que el olvido y el recuerdo tienen profundas raíces históricas; ni uno ni otro surgen del accidente histórico.²⁵ En esta suma de historias, los hechos que impactaron a cada uno de los protagonistas adquieren diversos sentidos. Para los inmigrantes franceses, la idealizada visión del conquistador que sigue considerando

a América como la fuente de su enriquecimiento y ascenso social; para los empresarios, el negocio de engañar hombres y hacer fortunas; para el pueblo indígena, la presencia de hombres ajenos a su cultura, como antaño los españoles, representa el peligro de sus costumbres, creencias, libertad y propia vida. Por ello, buscan los mecanismos ideológicos que les permitan resistir y explicar el desastroso desenlace de la inmigración francesa.

Finalmente, sólo quiero apuntar que unir historias para dar cuenta de los hechos tiene un doble propósito. Por una parte, la antropología tiene el compromiso de conocer y manejar en su contexto cultural las historias locales, con el fin de revertir el conocimiento a sus protagonistas de la mejor manera. Ayudar a perpetuar la voz de los ancianos no es una labor ajena al compromiso antropológico; transitada del discurso-etnología a la escritura-historia, la palabra hasta hoy silenciada recuperará nuevos espacios para desplegar su misión de instrumento de conocimiento, de lucha y de identidad. Por otra parte, como una necesidad para poder explicar el devenir histórico de nuestro país. Conocer el pasado y explicar el presente puede acercarnos a la realidad que pretendemos aprehender con una idea clara en la mente: la necesidad de oír la voz de todos, la del indígena y la del mestizo, la del que hace la historia y la del que la recrea. Ello nos permitirá reflexionar de forma conjunta, crear una nueva historia que nos dé cabida a todos y en la cual sea posible vivir en igualdad la diferencia, como bien lo apuntara Mario Ruz alguna vez.²⁶

Notas

¹ Viriato da Silveira, "El dueño del remolino", 1969, mecanoescrito.

² *Idem.*

³ François Laplantine, *Las voces de la imaginación colectiva. Mesianismo, posesión y utopía*, Barcelona, Garnica, 1977, p. 24.

⁴ Jan Vansina, *La tradición oral*, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1968, p. 123.

⁵ Documento inédito sobre la colonización de Veracruz,

en Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia de México, s/f, p. 3. Guido Munch, *Etnología del istmo veracruzano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1983, p. 30.

⁶ Manuel B. Trens, *Historia del estado de Veracruz*, Jalapa, Editorial Jalapa-Enríquez, 1948, tomo III, p. 489.

⁷ George M. McBride, *The Land Systems of Mexico*, New York, American Geographic Society, 1923, p. 90.

⁸ Tadeo Ortiz de Ayala, *Istmo de Tehuantepec*, Jalapa, Summa Veracruzana, 1966, p. 90.

⁹ *Ibid.*, p. 13.

¹⁰ Documento inédito..., *op. cit.*, p. 7.

¹¹ Carmen Blázquez, "Introducción" al libro *La colonización francesa en Coatzacoalcos*, Jalapa, Universidad Veracruzana (Colección UV), 1987, p. 10.

¹² Francisco Pimentel, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena en México y medios para remediarla*, México, 1864.

¹³ Manuel Orozco y Berra, *Diccionario universal de historia y geografía*, México, Tipográfica de Rafael, Librería de Andrade, 1855, p. 84.

¹⁴ *Ibid.*, p. 106.

¹⁵ Luis Chávez Orozco, "Los franceses en Coatzacoalcos", *Revista Jarocha*, Jalapa, 1968, p. 21.

¹⁶ Hippolyte Maison y Charles Dubouchet, *La colonización francesa en Coatzacoalcos*, Jalapa, Universidad Veracruzana (Colección UV Rescate), 1986, p. 20.

¹⁷ *Ibid.*, p. 39.

¹⁸ Margo Glantz, *Viajes a México. Crónicas extranjeras*, México, FCE/SEP 80, t. II.

¹⁹ *Ibid.*, p. 331.

²⁰ J.J. Williams, *El Istmo de Tehuantepec. Resultado del reconocimiento para la construcción de un ferrocarril de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico*, México, Imprenta Vicente García Torres, 1852, p. 220.

²¹ *Idem.*

²² *Ibid.*, p. 229.

²³ Charles Brasseur, *Viaje por el Istmo de Tehuantepec*, México, FCE/SEP 80, 1981, pp. 35-36.

²⁴ *Ibid.*, pp. 68-69.

²⁵ Ernest Gellner, *Cultura, identidad y política*, España, Gedisa, 1987, p. 20.

²⁶ Humberto Mario Ruz, "Matices de la historia: el caso de Chiapas", *Mesoamérica*, año 10, cuaderno 18, Guatemala, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica y Plumsock Mesoamerican Studies, 1989, p. 252.



